

promesa semejante? Poco á poco, sin embargo, se acordó de la actitud de esta en la Trelade, y reuniendo todos sus recuerdos, sintió que el rubor coloraba sus mejillas. Entregado, pues, á las dudas más crueles, y no siendo dueño de contener su impaciencia, metió espuelas al caballo, y partió á galope, decidido á arrancar á la marquesa toda la verdad.

XII

Al ver entrar en su aposento á M. Levrault, madame de La Rochelandier comprendió al vuelo que iba á verificarse una explicacion decisiva, para la cual estaba ya preparada anticipadamente.

—Señora marquesa, dijo M. Levrault sin más preámbulos, deseo saber si es V. quien está en mi casa, ó si soy yo quien vive en la suya; en otros términos: si la casa en que ambos vivimos es el hotel Levrault, ó el hotel Rochelandier.

—¡Jesús, y qué pregunta tan extraña! replicó la marquesa sin conmoverse: no le comprendo á V.: ¿qué quiere V. decir?

—Va V. á comprenderme al instante, señora marquesa; acabo de leer sobre la puerta de casa la inscripcion que ha mandado V. fijar en ella.

—Y bien, ¿y qué?

—¿Qué? Que he leído con mis propios ojos: *Hotel La Rochelandier!*

—¡Cómo! ¿le ha incomodado á V. eso, amigo mio? repuso la marquesa, recobrando aquel acento suave y cariñoso que habia usado con el ex-mercader bajo los árboles sombríos de la Trelade. Y sin embargo, es la cosa más sencilla del mundo. ¿No se llama el castillo La Rochelandier castillo de Levrault, desde hace algun tiempo? Yo creia hacer á V. un obsequio poniendo el nombre de mi familia á la puerta de su casa: en eso no veia sino un medio delicado de estrechar mas y mas nuestra intimidad.

—¿De modo, señora marquesa, que todavía querrá V. que le dé las gracias encima?

—Entre nosotros, amigo mio, ya sabe V. que no hay necesidad de sem jante cosa. Lo que por usted he hecho no vale la pena, y bien pronto espero que verá al entrar en su casa *Hotel Levrault de la Rochelandier!* No he hecho más que decir dos palabras al guarda-sellos, y creo que no será difícil lograr que pueda V. unir el nombre de su yerno al suyo.

—No haré tal, señora marquesa, no haré tal; estoy contento con el mio, y me basta, replicó monsieur Levrault alzando con orgullo la cabeza. Yo no tengo blasones, ni mis abuelos estuvieron jamás en las cruzadas; pero he enriquecido á mi

país con mi trabajo y con mi génio, y esta gloria vale como otra cualquiera. Por lo demás, añadí con voz más tranquila y á guisa del hombre que acaba de concederse una reparacion á sí mismo, la inscripcion que he leído hace un momento no me ha enseñado nada, señora marquesa, puesto que aquí reina V. como dueña absoluta.

—¿Es una reconvenccion, caballero?

—No, señora, es la verdad. Conozco perfectamente el papel que V. me ha destinado; y sino, dígame V.: ¿quién escoge los convidados que se sientan á nuestra mesa? ¿á nombre de quién vienen? ¿qué clase de gente concurre á mis salones? ¿No se sigue en todo y por todo el capricho de V.?

—Es V. un ingrato, amigo mio, repuso la marquesa con voz angelical. ¿Qué era, pues, lo que esperaba V. al llamarme á su lado? Yo me estaba bien quieta y bien en paz en el fondo de mi castillo, y únicamente por complacerle me decidí á entrar en el torbellino del mundo. Tres meses hace ya que me estoy sacrificando por V., viviendo en medio del bullicio y de las fiestas. ¿Cuál es, pues, el motivo de queja que tiene contra mí? ¿No he reunido en sus salones lo más selecto, la flor y nata de la nobleza?

—Sin duda que sí, señora marquesa. No puedo ménos de confesar que el partido de V. se halla perfectamente representado en mis salones, pero,

¿y el mio? ¿y la clase media? ¿Hay, por ventura, en mi casa alguno que participe de mis opiniones?

—No olvide V., amigo mio, que cada uno de nosotros se habia impuesto su tarea; yo, por mi parte, he hecho todo lo posible por cumplir con la mia; cump'a V., pues, con la suya, y punto concluido. Yo me comprometí á atraer la aristocracia á sus salones; ¿he faltado á mi palabra? De consiguiente, haga V. otro tanto con la clase media, y todo quedará arreglado. Pongámoslas en presencia una y otra; hagamos que se escuchen, que se comprendan mutuamente, y veremos realizados nuestros deseos.

—Perfectamente, señora marquesa; respondió M. Levrault, yendo derecho al grano; siendo eso así, ¿por qué no da su hijo de V. un ejemplo de esa reconciliacion? ¿A qué aguarda para adherirse?

—Mi hijo es libre, y únicamente hace aquello que le dicta su conciencia. Decidase, si le place, en favor de la nueva dinastía, y á buen seguro que sea yo quien se lo quite de la cabeza: pero ya comprende V., amigo mio, que no estaria bien el que yo misma le impeliere á ello.

—¿Pues no me dijo V. en la Trelade que era esa su intencion?

—Sí, amigo mio; yo lo creia así, y por eso se lo dije.

—¿Que lo creia V.! exclamó M. Levrault, pu-

diendo contenerse á duras penas: si no estoy recordado, V. lo daba como cosa segura, y yo contaba con ello.

—Mal podia yo empeñar mi palabra por mi hijo, ni responder de sus intenciones; mas ¿á qué viene ahora el insistir tanto sobre ese punto? ¿Qué clase de interes puede tener en semejante paso?

—¿Qué clase de interés! demasiado lo sabe V., señora marquesa, puesto que no le es desconocida mi ambicion.

—Vamos, vamos, amigo mio, ¿cómo puede usted desear una vida mas feliz que la que ahora lleva? ¿Qué falta á su felicidad? Rodeado de una familia que le ama, pasa V. el invierno en medio de fiestas y placeres. Llegará la primavera, y entonces se marchará á la Gran-Bretaña, donde le espera su castillo de Levrault, tendiéndole los brazos. ¡Ay! amigo mio; ¡qué injusto es V. con la Providencia! Iniciado como V. se halla, en todos los descubrimientos modernos, ¿qué es lo que le impide hacer en obsequio del patrimonio de los La Rochelandier, en ese dominio reconstituido á nombre de los Levrault, todas las mejoras, todos los adelantos que ha hecho V. en favor de la alta industria?

—¡Ah! No era así como se expresaba V. en la Trelade, señora marquesa! En Bretaña veia V. en mí un hombre cortado por el mismo patron que los

grandes hombres de Estado, y me hacia justicia. El lugar que me correspondia, segun V., era la tribuna, en las sesiones del Consejo. Lejos de condenar mis esperanzas, contribuía V., por el contrario, á que tomaran mayores proporciones. Entonces se sorprendia V. de que un hombre de mi valor se resignase á la inaccion y á la oscuridad, cuando tantas medianías se pavoneaban en las elevadas esferas del poder.

—Pues bien, amigo mio, dijo la marquesa con un gesto de resignacion; si no estima V. en lo que vale su felicidad, si huye de la paz, si la vida señorial no le parece halagüña, si la ambicion es su idea fija, en ese caso, dirijase V. á mi hijo: es el único que puede responderle sobre el particular.

Al oír estas palabras, M. Levrault se levantó poniéndose lívido de cólera.

—¡Señora marquesa, V. se ha burlado de mí! exclamó secamente. Hoy, esta misma mañana he visto á mi yerno, y le he hablado en términos claros y precisos sobre el asunto. M. Gaston no ha tenido jamás las intenciones que V. le atribuía, ni ha hecho ni dicho nada que pudiera inducirle á V. á formar un juicio equivocado. Demasiado bien sabe V. lo que él quiere y lo que piensa. Por mi parte tambien he llegado á comprender el valor que á las palabras de V. debe darse. Usted se memoria de fastidio en su castillo ruinoso, y por res-

tablecer el esplendor de su casa, por volver á presentarse en el gran mundo, se ha rebajado V. á cortejar, á incensar y á llenar de adulaciones á este pobre tendero, á quien al presente desdeña. Constantemente me ha oído usted decir que odiaba su partido, y que entre M. de Chambord y los Levrault no podia haber nada de comun. Si V. no me hubiera dicho y yo no hubiera creído, que M. de la Rochelandier se adheriria con el tiempo al trono de Julio, jamás le hubiera dado mi hija ni la tercera parte de mis bienes. Me fié, no obstante, en la lealtad de V., y he sido indignamente engañado.

Al pronunciar M. Levrault estas palabras, Gaston, que acababa de entrar en el aposento, se habia quedado inmóvil, pálido é imposibilitado de pronunciar palabra. La marquesa se disponia á replicar, mas al ver á su hijo guardó silencio y se quedó como petrificada.

—Madre mia, dijo friamente Gaston, despues de haber dado algunos pasos hácia ella; creo comprenderlo todo, y veo con harto sentimiento mio que ha traficado V. con mi nombre. Para eso, hubiera valido cien veces más aceptar nuestra pobreza, ó haberme dedicado al trabajo para restablecer nuestra fortuna. Usted ha cancelado un contrato que no lleva mi firma; pero así y todo, empeño mi palabra de que lo cumpliré.

Luego, volviéndose al padre de Laura, añadió:
—Tranquílcese usted, iremos á la córte.

Y así diciendo, retiróse Gaston sin añadir ni una palabra más, dejando aterrada á la marquesa, y á M. Levrault ébrio de gozo.

XIII

Ocho días despues de la escena que acabamos de referir, Laura estaba preparando su tocado de córte, y M. Levrault, que no habia dudado ni un instante que su presentacion sucederia inmediatamente á la de su yerno, se habia mandado hacer un traje de toda etiqueta, porque estaba firmemente decidido á no presentarse al rey, sino de calzón corto y con espada de empuñadura de acero. La familia real acaba de sufrir una sensible pérdida, y Gaston esperaba la terminacion del luto riguroso para presentarse en las Tullerías.

En vano le habia amenazado la marquesa con maldecirle; mostróse sordo á todas sus súplicas y á todas sus amenazas, permaneciendo firme en su resolucion. A consecuencia de esto, la